

el más pequeño de cuatro hermanos que vienen con ella á la Universidad, y no la dejan á sol ni á sombra en cuanto salimos de clase. ¡Diez y ocho años! Viven fuera de la ciudad, más allá del río, en el arrabal, en una casona con huerta. Desde el balcón de nuestra casa se adivina la suya: ayer miré con un anteojo de larga vista: en una especie de azotea con muchos tiestos, había una señora cuidando un canario; luego se hizo de noche, muy oscura, y pensé yo: puede que esté en la azotea soñando con el amor que desconoce... ¡Cómo le brillarán los ojos! ¡Qué suspiros dejará escapar, al parecer sin causa; de qué palpitations será nido aquel pecho, de qué imaginaciones locas aquella frente!...— Hay que advertir que tiene la frente más bonita del mundo y, aunque parezca imposible, tan parlanchina como los ojos, quiero decir que, merced á una extraña claridad que hay en ella, parece que le fueran brotando al exterior los pensamientos.—¡Cómo soñará, pensaba yo, pues, en esta tibia noche de primavera, y quién pudiera soñar á su lado!... Es decir, los dos juntos puede que no soñaríamos, no, seguramente no soñaríamos. ¿Será ella alegre en las horas

de amor? Pienso que sí, puesto que encuentra modo de poner cara de risa hasta cuando está oyendo las explicaciones del catedrático de Química general, que son de lo más melancólico que pueda imaginarse. ¡Y qué bueno debe de ser el amor con una mujercita alegrel Por ahí, no sé dónde, he leído yo algo sobre el gusto que da besar una boca que se está riendo ¡y ella se rie como nadie! Y además, aseguran que cuando una mujer se está riendo, no acierta á defenderse, y para el galán que sabe lo que se pesca el instante de la risa loca es el de los grandes atrevimientos: además, digo yo que el amor risueño debe dejar muy buen sabor de boca en el pensamiento. La veo reir, reir, reir con la cabeza echada hacia atrás, y los ojos medio entornados, y los brazos caídos, y todo el cuerpo en temblador é incitante abandono... ¡qué de cosas le diría yo para que la risa no se acabara nunca!... Pero tampoco debe de estar mal eso otro del amor apasionado, y hasta un poco triste: la mujer que suspira, que solloza, que se entrega con miedo, con remordimiento, arrastrada por la pasión irresistible: sí, la victoria es más completa, más trascendental, y, por lo tanto,

el placer más intenso... Si yo la sorprendiese, ahora que está de seguro soñando con el amor, y supongamos, ya que tan poco cuesta suponer, que conmigo; si yo la sorprendiese, y ella ruborosa y feliz por haberse dejado sorprender, dolida de pasión, quisiera defenderse y no supiera, y poco á poco, en dulcísimos hurtos, fuera yo gustando las ocultas delicias de su saladísima persona, y ella suspirase, y pasara luego del suspiro al llanto, y del ceremonioso usted al tu balbuciente, y del dolor al goce y á la suprema felicidad de la inconsciencia, y yo algo más sereno que ella, ya que al cabo soy hombre, pudiera ir fundiendo fuego con fuego sobre la rosa de la divina boca, y sorbiéndole las cristalinas lágrimas en besos largos, largos... ¡Oh, suave, amorosa, dulcísima convalecencia del dolor de amor! ¡Oh, cuerpo estremecido y vibrante! ¡Oh, brazos que no saben desprenderse del cuello del amante! ¡Oh, boca mordida de besos y sedienta de nuevas heridas! ¡Oh, labios que piden callando reiterado veneno! A todo esto habría en el aire un solemne silencio, porque toda la noche se habría hecho cómplice del crimen de amor. La ropa, bellamente descompuesta, dejaría

entrever tesoros de ordinario ocultos, pero que ya rendida la hermosa no cuidaría de esconder á los codiciosos ojos y á las osadas manos del amante; callarían ambos elocuentemente, dejando apaciguarse en languidez los arrebatos de la hermosa tormenta, y vueltos ya en sí, mas sin querer moverse, por no perder la deliciosa sensación de intimidad absoluta, irían naciendo en sus labios las palabras, como flores, primero lentamente, una á una, después en arrebatado tropel, en torrente, en desbordado río y tormenta deshecha; qué de bellos, truncados y apasionados juramentos no se harían entonces los dos enamorados corazones... Puede que ella á estas horas esté soñando todo esto; puede que yo, á quien con femenil hipocresía, finge no conceder la atención más mínima, sea el héroe de sus nocturnas apasionadas divagaciones; puede... pero entre tanto, yo soy el que tengo la boca seca, la garganta como si me hubiera tragado un gato, las piernas temblorosas, el corazón hecho una calamidad, y me tengo que meter en la cama, donde pasaré una noche que ¡ay, no es la primera! como si mi tía Ramona se hubiera entretenido en sembrarme las sábanas

de ortigas y cardos... ¡Los sueños de amor dan por resultado insomnios bastante molestos!

* * *

Teniéndome tan cerca, á diario, ¿es posible que nunca haya reparado en mí? A juzgar por los signos exteriores, mi humilde persona es para ella lo mismo que si no existiese. Desde el día del lápiz, cierto que me saluda, y con una sonrisa que al descubrirle los dientes color de leche, no sé por qué endemoniada contradicción, me da á mí más gana de morder que de ser mordido, cierto que me saluda, digo, al entrar en clase y al salir de ella, y aun si al ir y venir á la Universidad nos encontramos en la calle, pero estoy temiendo que ni siquiera sabe cómo me llamo. Como digo, estas son apariencias, pero también se dice que de apariencias no hay que fiarse, sobre todo cuando de mujeres se trata. Ellas son hipócritas en esto del sentimiento, y gustan de disimular su amor: esta es una astucia á que les obliga el mal entendido concepto del pudor femenino; mal entendido, sí, porque digo yo ¿qué mal habría en que cualquiera de las mujercitas que, al

cabo del año, reparan en uno,—y supongo yo que, entre ellas, alguna habrá digna de toda clase de estimaciones, porque no ha de ser uno tan desgraciado que no vaya á gustarle más que al deshecho de la humanidad femenina,—¿qué mal habría, vuelvo á decir, en que unas cuantas de ellas, ya que no todas, manifestasen de un modo ó de otro la estimación que uno les merece? ¡Cuántas tramitaciones se facilitarían de este modo! Porque es lo cierto que si ellas no hablan por temor al qué dirá el mundo, nosotros también callamos muchas veces por miedo al qué se les ocurrirá decir á ellas. Yo, por ejemplo, por mi gusto ya le hubiera dicho á esta Teresita,—¡Teresita se llama!—más de cuatro cosas trascendentales; y no se las digo ¡vea usted por qué! En primer lugar porque, como ya he dicho, sus cuatro cancerberos de hermanos no la dejan ni á sol ni á sombra, y aunque otros estudiantes amigos de ellos se acercan y hablan con ellos y con ella, y hasta se ríen, y digo yo que le gastan bromas, á mí para lo que le quisiera decir no me conviene el grupo, y lo que es en clase, imposible: ella no vuelve nunca la cara de mi lado,—gracias á que no caben ce-

los pensando que pudiera volverla del otro, porque con ella se acaba el banco, y si mira hacia la derecha no puede ver más que la pared y la ventana y el jardín botánico, y por el jardín botánico no suele pasar nadie, en horas de clase, más que mi padrino cuando llega tarde, y lo que es mi padrino...—No vuelve la cara, íbamos diciendo, y si alguna vez yo, haciéndome un poco el distraído, acerco muy pausadamente mi mano derecha á la suya izquierda y la rozo con toda precaución, ella se contenta con retirarla, sin asombrarse en lo más mínimo, como si creyera en lo involuntario por mi parte del roce. He inventado astucias menudas haciéndome el torpe: he dejado caer una vez todos los papeles que tenía ella encima del pupitre; así, pensaba yo, ella se bajará á recogerlos; me precipitaré yo en su ayuda, y en el estrecho espacio que queda entre el pupitre y el banco, malo ha de ser que no tropiecen manos ó cabezas ó las dos cosas á la vez; relamiéndome estaba con la grata esperanza, porque debe de ser cosa exquisita saber por experiencia qué grado justo de temperatura tiene esa frente luminosa ó la piel ambarina de sus manos; cayeron los papeles, y á

mí se me sobresaltó el corazón; tengo yo esta condición pícara de que cuando estoy esperando algo bueno, el corazón se me vuelva loco á latidos; cayeron los papeles, precipitéme á recogerlos, y la precipitación no me sirvió de nada, es decir, me sirvió para quedarme sin lo deseado; porque, viendo ella mi apresuramiento en servirla, juzgó sin duda inútil molestarse, y con la mayor tranquilidad del mundo me dejó recoger solito los papeles... y no hubo contacto. Cierto que luego me dijo muchas gracias y sonrió con esa su sonrisa apetitosa, pero ¡ay de mí intangible. También he intentado repetidas veces pisarle un pie: ya he visto que los tiene tan chiquititos como las manos, y casi siempre lleva zapato bajo, con un lazo muy grande y una hebilla dorada, y medias negras; pero tampoco he conseguido más que romperle un día el bajo de la falda, porque tiene la mala costumbre de cruzar las piernas como un hombre, la derecha sobre la izquierda, y entonces, naturalmente, á mi lado queda el pie que tiene en el aire, y aunque se ve mejor ¡cualquiera le pisa! ¡Qué cosa tan difícil son las insinuaciones de amor! Por eso digo que ellas debieran darse cuenta de nues-

tras angustias y ahorrarnos siquiera la mitad del camino. ¡También el hombre es tímido y necesita que le den cierto ánimo! Ellas se burlan de nuestra timidez, y hacen mal, y no saben lo que se pierden.

* * *

El caso es que el año pasado no le encontraba yo nada de particular: hasta me parecía feucha, y me acuerdo que así se lo dije á Juanito Calzada, que estaba chiflado por ella y hacía unas ponderaciones escandalosas; verdad es que él estaba á su lado, y yo, que soy un poco corto de vista, no la había mirado nunca de cerca; ella estaba en el primer banco, yo en el último, y lo único que distinguía de su persona era el lazo del moño, tan grande como es moda que le lleven estas niñas que van de corto, no sé por qué; digo que me parecía feucha, pero es terrible lo que ganan algunas mujeres con la proximidad. A ésta, cuanto más de cerca se la ve, más gracia se le encuentra: digo yo que será porque la gracia la tiene en los detalles; por ejemplo, eso de sacar un poquito la lengua y pasársela por los labios, lentamente, como si á ella misma le supiesen

muy bien; y lo otro de pasarse la mano por la cara, deteniéndose mucho en los ojos, y en las mejillas, y sobre los labios, y el cruzar las manos de una manera extraña, con las puntas de los dedos hacia dentro, como si quisiese hacer un nido, y llevarse el sutil trenzado á la boca, y pasarse así un rato con los labios ocultos como si estuviese incubando un beso... Y cuando sale al encerado, y mientras el catedrático le pregunta se queda con los brazos cruzados á la espalda, muy derecha, y con la cabeza un poco levantada, como si estuviera buscando la contestación en el techo. Entonces, claro está, el pecho se adelanta y se la ve respirar lenta y profundamente, porque esta criatura todo lo hace con arreglo á la más estricta preceptiva higiénica. Pero no divaguemos: todo lo que digo es para decir que, como dicen los autores franceses, la tengo en la sangre, como un virus, como un bacilo, como un germen, como un microbio, y voy temiendo que me va á hacer perder el curso: ella en cambio sacará, como el año pasado, cinco sobresalientes como cinco soles. Hay que ver con que tranquilidad aprenden las mujeres las cosas más enrevesadas: yo soy buen estu-

diante, y sin embargo, hay muchas cosas que este año no he logrado entender hasta que se las he oído repetir á ella; además, tiene un modo admirable de tomar apuntes: cuatro palabras, otras cuatro rayas, y aquí te quiero ver, programa; claro que no lo entiende nadie más que ella; el otro día falté á clase, porque llevaba cinco noches de insomnio por su culpa, y cuando á la sexta logré coger el sueño, no hubo fuerza humana que á la mañana pudiera despertarme, y cuando á mi tía Ramona se le ocurrió quitarme la ropa de la cama y regarme la cara con agua fría, ya había pasado la hora; bueno, ello es que falté á clase, y no tenía apuntes, y, atreviéndome á todo, al día siguiente se los pedí á ella, y ella me los dió con toda amabilidad, y me quedé completamente en ayunas... No sé á qué viene todo esto ni para que cuento tales tonterías: es que por hablar de ella sería yo capaz de cualquier cosa, y en vista del insomnio que amenaza acabar con mi salud, he decidido declararme. Después de todo, no es tan fiero el león como le pintan, y puede que ella se alegre de mi atrevimiento: hoy es martes: el sábado sin falta me declaro: para facilitar las co-

sas, el viernes volveré á faltar á clase y le pediré los apuntes, y al devolvérselos le diré que no los he entendido, y ella tendrá que darme explicaciones, y entraremos en conversación. Al principio había pensado en preparar unas cuantas frases, pero, después, he decidido fiarme de la inspiración del momento, que no puede faltar, digo yo, ya que la proximidad tiene, tratándose de ella, efectos tan decididamente incendiarios. Tengo un poco de miedo, porque como parece que es tan burlona, pero al fin y al cabo el declarar el amor que se siente no es un crimen, y todo el mundo se declara, y nadie se ha muerto por declararse, aun cuando le hayan dicho que no. ¡Que no! Esta es una idea que no se me había ocurrido nunca: el que ella pueda decirme que no: y lo malo es que puede que me lo diga; porque, después de todo ¿quién me dice á mí que cuando sueña todo eso que yo sueño que sueña, lo sueña conmigo? Tremenda es la duda... el sábado veremos... el sábado... martes, miércoles, jueves... viernes... cuatro noches por medio, y que de seguro no duermo ni una. Largo es el plazo... ¿y si me declarara el jueves? Porque, pensándolo bien, también mañana miércoles

puedo faltar á clase... No, no: acaso esta idea del sábado sea una inspiración; debe deserlo. «No hay sabadito sin sol,—dice el proverbio—ni doncella sin amor». Claro que esto no significa nada, ni este proverbio tiene nada que ver con lo que á mí me ocurre, pero no importa: el sábado es el sábado, y el sábado ha de ser... y entre tanto... martes, miércoles, jueves... ¡qué largos son de pasar cuatro días con sus cuatro noches cuando le separan á uno de la felicidad!

* * *

¡Tiene novio! Ahora sería el caso de gritar: ¡Maldición! ó cualquier otra cosa por el estilo. Tiene novio. ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido antes la idea de una probabilidad tan sencilla? Bien dicen que el que ama de veras se considera solo en el mundo con el objeto amado. ¡Ella y yo solos, en el aula propial Y en el aula puede que sí; pero fuera del aula, es decir, en un aula distante, aunque no mucho, en fin, en un aula de otra facultad ¡de la de medicina! estaba el compañero, el elegido, el amado. ¡Parece mentira, ha dicho en alemán—aunque yo lo he leído en castellano—otro desdichado amador, parece

mentira que queriéndola yo como la quiero tenga ella valor de querer á nadie! Le he visto: es rubio ¡qué gustos tan extraños tienen las mujeres! Anda por los claustros, por la calle, con una alegría insolente ¡ya puede! ¡Qué antipáticos son los hombres felices! De seguro que éste, como el marido de Carlota, no comprende los apasionamientos desesperados ni los suicidios por amor. Un triste nunca tiene razón frente al optimismo de un privilegiado. Puede que si yo fuera novio de ella paseara los claustros y las calles con tanta insolencia como él. ¡Oh, sueño de sus sueños, en la azotea llena de macetas! Soñará con él, suspirará por él, se pondrá pálida por él... Y sí que está un poquito pálida; ahora lo noto desde que sé que está enamorada... ¿Que cómo lo he sabido? Con la terrible sencillez de todas las tragedias: salimos de clase; pasó ella con tres hermanos y con ¡éll El cuarto hermano, el más pequeño, se quedó un poco más, hablando con otros; cuando pasó por mi lado, le pregunté:—¿Quién es ese rubio que va con tu hermana? y él me contestó sencillamente:—¡Su novio! Después de lo cual, echó á correr para alcanzarlos, y yo me des-

plomé sobre un banco. Nada más: después he sabido que están en relaciones desde el mes de agosto, y que todo el mundo lo sabe y lo ha sabido siempre... menos yo... el único á quien le importaba saberlo; verdad es que nunca se lo he preguntado á nadie; tanto la quería que no me gustaba hablar de ella sino conmigo mismo. ¡La quería! ¿Es posible que la fatalidad me obligue á conjugar en pasado el dulcísimo verbo? No, no, siempre será presente en mi corazón, porque después de todo no hay ley en lo humano ni aun en lo divino que me obligue á dejarla de querer porque ella quiera á otro, ó porque otro la quiera á ella; además, que aun no son marido y mujer, y el mundo puede dar tantas vueltas; además, que ella no le puede querer de verdad; es imposible que una mujer con esos ojos negros pueda apasionarse por un hombre rubio; pero ¿y si se casa con él sin quererle mucho? Porque dicen que las mujeres son capaces hasta de casarse sin amor, por solo el gusto de estar casadas, y que luego se apasionan del hombre porque es el padre de sus hijos. ¡El padre de sus hijos! Y que si se casa con él, puede que sean rubios y que tengan los ojos azules ¡tan maravi-

llosamente negros como los hubieran tenido si al mismo tiempo que de ella lo hubieran sido míos...!

* * *

¡Qué cosa tan triste y tan gris es la vida, sobre todo en el mes de mayo! El sol tiene una impertinencia tibia é insinuante, y el aire una fragancia impertinente también. Quisiera ver llover todos los días, y todos los días el cielo está de un azul monótono, vulgar, como una necia página en blanco. También la vida es una página en blanco, más necia que el cielo, y á cuya necesidad se añade la obligación que los hombres parecemos tener de llenarla con algo... ¿Por qué huele tan bien? Esta fragancia de las últimas violetas y de los primeros claveles, yo no sé á qué cosa mala compararla, pero el caso es que araña, araña positivamente el corazón, le araña como mano odiosa que tuviese las uñas muy sucias... A mí otros años me gustaba la inquietud de este primavera perfume de las flores; hasta era de los chicos románticos que llevan violetas en el ojal. Y es que, engañado, tomaba la inquietud por promesa: ahora sé que ya no queda nada por prometer, y que por

lo tanto la inquietud es inquietud á secas; y lo que es la inquietud, por mucho que digan los que escriben versos, no es buena más que cuando sabe uno que al fin de ella está el más indudable de los «sies» para responder á la atormentada pregunta del corazón. Mi tía Ramona, que nada sabe de mis desdichas, esta mañana me ha puesto en el cuarto un ramo de lilas: he llorado, no sé si de rabia ó de pena, y de buena gana le hubiese tirado por la ventana. Comprendo á las devotas de San Antonio, que cuando la esperanza en el santo les falla, le tiran al pozo; porque todas las devociones apasionadas no son más que promesas que nosotros obligamos á hacer al ídolo en halago de nuestro deseo; y si el acontecimiento, digamos la verdad, desprestigia al ídolo ¿qué otra cosa podemos hacer sino hacerle pedazos... aunque de paso se nos quiebre el corazón?

* * *

Duermo como un tronco ¡menos mall y algunas veces sueño con ella, pero siempre cosas desagradables: que está muy enferma, que reñimos, que ella me quiere mucho, y cuando me lo viene á decir yo me he casado ya con otra,

á quien aborrezco, ó me he metido fraile, ó me he marchado á una América de donde no se puede volver... Lluve: yo, que tanto he deseado la lluvia, ahora que veo llover, la aborrezco. Todo se ha puesto pardo en esta pardísima ciudad provinciana: las calles están sucias; las mujeres ya habían empezado á vestirse de claro y el barro que cogen sobre las faldas de percal, da una melancolía... no sé como explicarme. En clase parece que llueve por fuera y por dentro, porque con tanta y tan tediosa tristeza chocan en los cristales las gotas de lluvia como las explicaciones de los profesores: todos se dan prisa á terminar los programas, y hablan incansables como carretillas, y no hay quien los entienda. Ella no se ríe, está mucho más pálida, no toma notas, y en clase de Cristalografía, especialmente, no contesta nunca á derechas. ¡Y seguramente él tiene la culpa, y yo, que la sigo queriendo cada día más, no tengo derecho á irle á abrir la cabeza por no ponerla triste! ¡Y el muy imbécil puede que no advierta la melancolía de ella, y si la nota, no le preocupa, porque esta mañana le he oído reír como un bárbaro leyendo los chistes de «Vida Galante»!

* * *

Nunca creí que un examen ajeno pudiera hacer pasar tales angustias; pero es que ha sido incomprensible: ni una palabra. Estaba al parecer muy tranquila, pero no contestaba: mi padrino, venga preguntar, y ella no responder, mirándole con sus ojazos negros, como si las preguntas no fueran con ella. ¡De qué buena gana hubiera yo salido á contestar por ella! Porque si hay en el mundo cosa sencilla de aprender es la Cristalografía, es decir, á mí me lo parece; no sé si será por lo que ya he dicho de haberme pasado la niñez jugando con los cristales de mi padrino. Ello es que, naturalmente, la suspendieron, y ella que parecía tan serena, al leer la nota se echó á llorar como una criatura, ó como una histérica, á grandes sollozos, y tardó más de diez minutos en calmarse, y luego se marchó con sus hermanos. Cuando pasó por delante de mí, me dió una vergüenza mi sobresaliente... y me quité el sombrero, y la saludé con un respeto, como si fuera, qué sé yo, una reina destronada ó una princesa de las que fueron á la guillotina. ¡De qué poco sirve el cariño en el mundo! Ni siquiera

para lograr un cambio de calificación: aquí estoy yo con mi sobresaliente, ¡de bastante me sirve si no se lo puedo ofrecer á ella y ella llorando, porque puede que esté llorando todavía, por culpa... no, lo que es esta vez la culpa no es de nadie, y menos que de nadie de él, justo es reconocerlo aunque me duela, porque á la misma hora él se estaba también examinando, y creo que su trabajillo le ha costado aprobar, porque dicen, y puede que no mientan, que no es un Hipócrates ni mucho menos. Me llaman á comer: si pudiera no ir á la mesa, porque, naturalmente, sin poderlo evitar le tengo cierto rencor á mi padrino. ¿Tenía más que haberla aprobado sin contestar? Pero el buen señor dice que un aprobado ó un sobresaliente son cosas de suyo tan baladíes, que no vale la pena de cometer una injusticia para darle á nadie el gusto de lograrlas; con lo cual suspende más que ninguno de los catedráticos, y se queda tan fresco, y cuando le hablan de la aflicción de los alumnos que se quedan para septiembre, ó para el otro año, porque en otoño es mucho más feroz que en primavera, suele contestar:—¡Pobres muchachos...! vea usted que lástima... en fin, después

de todo son dignos de envidia, porque cuando toman tan á pechos cosa tan tonta, señal de que nó tienen pena mayor por qué afligirse.

* * *

¡Qué bonita está una mujer convaleciente! Sobre todo ella. Claro que estas cosas interiores son tan difíciles de explicar, que apenas si uno mismo las entiende: en cuanto una mujer se le entra á uno en el corazón, anda uno hecho un mar de confusiones, y todo es laberinto: Yo, es indudable que la quiero bien, puesto que creo que daría por ella hasta el pensar, que es lo mejor que un hombre tiene en el mundo; sí, daría por ella hasta el pensar en ella; y á pesar de quererla bien, me da una melancolía tan suave que casi es placer, el verla un poco pálida y débil, como si dijéramos entre la vida y la muerte; y así como por nada del mundo quisiera que pudiera morir, creo que por nada del mundo tampoco, ni aun por ella misma, quisiera que hubiese dejado de tener esta enfermedad que le ha dado un encanto tan suave, tan pueril... tan no sé cómo, porque hablando de ella siempre hay que acabar el razonamiento con un

«no sé cómo» ó con un «no sé qué». Digo que está lindísima «hacia adentro»; cuando por las tardes la miro, sentada debajo de la parra, envuelta en su mantón á cuadros, me parece una cosa tan pequeña, tan frágil, como un niño que fuese muy mío, y á quien yo tuviese el deber de acariciar, de envolver, de llevar en brazos; y me paso las horas muertas mirándola—ya me sé de memoria hasta el lunar más chico de su cara, y tiene doce que bien se pudieran llamar microscópicos, tanto que estoy seguro que nadie más que yo ha reparado en ellos—y mientras la miro, sin que ella se entere, me entra una tristeza tan dulce, pensando: «Aunque ella no lo sepa nunca, qué consuelo tan grande es saber que como yo la quiero no la quiere nadie». ¡Sí que hay horas felices en el mundo! Habla poco, y se le ha quedado la voz levemente opaca, y la risa también, tanto que cuando se ríe parece como si la risa viniera de muy lejos, y al reirse abre mucho los ojos como si á ella misma le sorprendiese oírse reír. ¡Qué tonterías digo! Mi padrino se ríe también hablando con ella: á él la convalecencia le ha puesto de muy buen humor; me parece que ya no

le hace falta ninguna ir á la casería á tomar la leche recién ordeñada, pero sigue yendo, y yo bendigo á Dios que le conserva la gana de ir, y de llevarme en su compañía, porque el día en que se acaben los paseos ¿qué va á ser de mí? Cuando estuvo en la cama, le cortaron el pelo, y ahora sacude la cabeza como un perrillo al salir del agua, y parece más niña, y más mía. ¡Más mía! En esto acaba todo: ella será de quien tenga que ser, pero dentro de mí será más mía que de nadie, mucho más, porque como nadie sabrá que lo es, á nadie tampoco se le ocurrirá venir á disputármela. ¡Valiente consuelo!—dirían, si me oyesen, las gentes positivas. ¡Qué le vamos á hacer! Cada uno se las arregla como puede en esto de ser feliz ó dejarlo de ser. Yo estaría contento con pasarme la vida sentado en el suelo, debajo de la parra, mirándola un poco de lejos, sin tocarla... y sin que nadie la tocara; porque, después de todo, esta digo yo que debe de ser la felicidad principal de estas tardes que yo me complazco en llamar felices: mientras estamos en la casería ella y su hermano, mi padrino y yo, hablando de animales pretéritos y de cristales de colores, y riéndonos como

cuatro tontos porque una perdiz pasa entre el rastrojo ó porque una gallina le quita á otra el pedazo de pan que acabamos de echarle, *él* no está allí. Y me pregunto yo, á mí mismo, porque no quiero preguntárselo á nadie, ya que no hablando de él casi puedo hacerme la grata ilusión de que no existe: ¿Por qué no vendrá con ella á tomar leche á la casería? Dios nos dé muchas tardes de agosto, para ir, como dice el cantar, «gozando el amor triste».

* * *

Digo que cuando estuvo en cama le cortaron el pelo: ahora le llega casi al hombro, y empieza á encaracolársele un poco por las puntas. Hasta hace dos días no se me había ocurrido pensar: ¿Qué habrán hecho del pelo que le cortaron? Pero desde que la pregunta se me vino á la imaginación, no me ha sido posible pensar en otra cosa: tanto que anoche no dormí, cavilando, y esta mañana he corrido una aventura, que ahora que la recuerdo, casi me da risa, y muchísima pena. ¿Qué habrán hecho del pelo? Primero dije:—¿Si le habrán tirado?—pero sólo por haberlo pensado, me entró tal indignación contra mí mis-